

El primer año De La Jornada

HISTORIA DE UN ESFUERZO PERIODISTICO



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



El 19 de septiembre de 1984, hace justamente un año, apareció **La Jornada**. No me ruboriza hablar de ese diario, hoy, porque sólo es asunto personal parcialmente o en apariencia. Ciertamente es que publico en él una columna política durante seis días a la semana y que soy uno de los subdirectores. Pero el periódico es, sobre todo, un experimento colectivo, y por ello me resulta lícito abordar el tema de su aniversario, y hasta hablar bien de él, porque no se trata de alabanza en boca propia. Ese diario, en efecto, no es mío, ni de los dos centenares de personas que en él laboran sino, en sentido real y no figurado, de la sociedad que contribuyó a su gestación y financiamiento.

La fundación de los diarios mexicanos ha solido obedecer a proyectos comerciales, especialmente en los últimos tiempos. Desde

esa perspectiva, iniciar un diario en 1984, cuando la crisis económica era un factor impediendo de casi toda nueva promoción económica, pues por ejemplo las tasas de interés resultaban prohibitivas, sólo pudo ser posible por la conjunción de elementos singulares. Especialmente la industria periodística pasaba por tales dificultades que varios periódicos de la ciudad de México habían tenido que cerrarse entre el verano de 1982 y el otoño de 1984 en que apareció **La Jornada**.

Esta se gestó cuando a fines de noviembre y durante diciembre decenas de periodistas y escritores se marcharon de **unomásuno**. Originalmente, cinco funcionarios de ese diario —Carlos Payán, que era el subdirector general; Carmen Lira, subdirectora de información, Humberto Musacchio, jefe de redacción, Héctor Aguilar Camín, asesor de la dirección, y Miguel Ángel Granados Chapa, subdirector— resolvieron irse a sus casas. Y así hubiera concluido el episodio, como un acontecimiento en la vida particular de cada uno de ellos, si no hubieran resuelto acompañarlos otros muchos trabajadores de **unomásuno** y escritores en sus páginas. De suerte que, sin pensarlo, de pronto estaba listo el personal para un nuevo diario, que comenzó a ser concebido en enero de 1984. En febrero se le bautizó, se eligió director general a Carlos Payán —y fueron nombrados subdirectores los otros dimisivos— y se presentó el proyecto a una vasta colectividad de mexicanos a quienes se invitó a financiar el periódico.

La respuesta fue conmovedora, demostrativa de que las tendencias vitalistas en nuestra comunidad son extremadamente fuertes. Miles de personas adquirieron acciones, a veces una sola, a veces por grandes cantidades. Una vez, don Manuel Buendía fue intermediario para entregarme un millón de pesos que una persona que deseaba permanecer en el anonimato entregaba para apoyar nuestras intenciones. Como era necesario no sólo dar un recibo, sino también expedir las acciones nominativas del caso, pudimos enterarnos a la postre del nombre de quien había procedido de esa generosa manera, pues habiendo querido permanecer desconocido, no podía esperar nada a cambio, ni **La Jornada** podía darle nada en canje. O sí: podía darle, como a todos quienes confiaron su dinero al grupo promotor, la garantía de su honestidad personal y la certidumbre de que el proyecto periodístico que estaba

por emprenderse se proponía el servicio al interés general de los trabajadores mexicanos, y no a los intereses particulares del puñado de gente que ha manejado en su provecho la comunicación social con las excepciones imaginables.

Por fin, el diario apareció hace un año. En ese lapso, se ha consolidado como una nueva opción periodística. No está, ni mucho menos, exento de fallas, muchas de las cuales provienen de sus precarias condiciones de operación. El hecho, por ejemplo, de que no se imprima en talleres propios (durante casi un año se hizo en los de **El Redondel**, propiedad de don Alberto Bittar, sin cuya comprensión hubiera sido más difícil el lanzamiento del diario) le resta flexibilidad para cambios de última hora, que son frecuentes en la edición periodística. Los trabajadores del periódico, jóvenes la mayor parte de ellos, en un adecuado equilibrio de entusiasmo de novatos y experiencia de veteranos, han entendido que si sus salarios no son lo justo, ello se debe al carácter propio de la empresa en que laboran y de la que, sin retórica, son también parte sustantiva. Ello no ha obstado para que constituyan un sindicato, que ya empieza a ser instrumento para, al mismo tiempo, promover y defender el interés de sus agremiados y fortalecer el proyecto del diario.

Ese proyecto se hizo explícito en los discursos que el 29 de febrero pronunciaron don Pablo González Casanova, Carlos Payán (de quien es preciso recordar que nada tiene que ver con Víctor Payán, el exjefe de la prensa de Durazo, que es reportero de **Excelsior**; y con su homónimo Carlos Pallán, rector de la unidad Azcapotzalco de la Universidad Autónoma Metropolitana) y Héctor Aguilar Camín, así como en el editorial del primer número, titulado "El deber y la vocación" en que, entre otras cosas, se dijo lo siguiente:

"Jornaleros se llama ya a quienes trabajan en este periódico. El apelativo es exacto y por lo mismo nos enorgullece. Habla del trabajo, de la tarea que dignifica a los hombres y los provee del sustento. Por ello en torno de esa nación giran los valores que buscamos proponer a la sociedad mexicana. Bien se sabe que sólo el trabajo crea riqueza y por lo tanto quienes la producen de diversas maneras son titulares del derecho a disfrutarla. Nos proclamamos, por lo tanto, partidarios indeclinables del derecho al empleo y a la justa retribución del trabajo, ya sea en forma de salarios y sueldos, ya sea de ganancias lícitas resultado de una actividad productiva".

No ha sido fácil cumplir un año. Augurios hubo que pronosticaban el rápido fin de nuestro experimento. No hemos tenido acceso a la publicidad gubernamental en condiciones semejantes a otros diarios, porque en enero de 1983 el gobierno resolvió que sólo la canalizaría por medio de diez periódicos, política racional y digna de aplauso para no dilapidar los bienes públicos, pero que requiere la flexibilidad que las circunstancias dictan, pues la realidad no permanece estable ni es posible por ello cristalizarla. Y si nos referimos a ese género de publicidad es porque el gobierno es el mayor comprador de espacio publicitario en nuestro medio.

Uno de los subdirectores del proyecto original, Humberto Musacchio, no trabaja más en **La Jornada**, por una opción personal legítima y que no significó fractura con el resto de los integrantes del diario. Su ausencia nos duele a muchos de sus compañeros pero, al mismo tiempo, enseña que un proyecto colectivo como el que dio lugar a ese periódico, puede muy bien prescindir de las personalidades. No es que su falta no se eche de ver, pero especialmente en un diario como **La Jornada**, que es de todos, lo significativo y fructífero es el trabajo grupal, de equipo, como el que aprendieron a hacer, en un proyecto ya consolidado, quienes cotidianamente hacen **La Jornada**.

25/11/85